

tenía S. S. noticia de la recrudescencia del furor germánico con motivo del próximo centenario de Lutero, el cual no fué movido en su revolución, en su reforma y en su protesta por motivos de disentimiento dogmático con la Iglesia, sino por motivos de odio á nuestra sangre, á nuestra raza, á nuestra literatura, á nuestra religión, á nuestro culto, á nuestros Pontífices, y sobre todo á España, á nuestro suelo, á nuestro mar, á nuestro nombre, á nuestro espíritu, á nuestras tradiciones y á nuestras creencias?

Además, ¿no sabía S. S. que aquella era una fiesta de familia, como las fiestas que celebraban allá en el siglo XVI en España los Tellez, los Girones, los Mendozas, los Aguilares también, en cuyas fiestas los jefes de las grandes casas de Tendilla, de Osuna, de Medinaceli citaban á sus parientes y acostumbraban estos á acudir? Pues una fiesta de ese género era la de Alemania; estaban citados todos los reyes por cortesía, pero la fiesta era de los vasallos y de los parientes. Como pariente próximo estaba allí el príncipe de Gales, un alemán por todos cuatro costados, jefe de la casa de Hannover, no muy bien tratado por el príncipe Bismarck, pero que tiene un hermano, el cual se sentará en uno de esos minúsculos tronos que no se come el apetito anexionista del gran canciller, sin duda porque no le sirve para sus maniobras; como vasallo directo estaba invitado ó había ido aquel rey de Sajonia, príncipe católico sobre una tierra protestante, quien se encuentra más humillado después de sus victorias maravillosas delante de París, que su antecesor Federico cuando iba atado al carro de Carlos V; como vasallo directo y muy directo, acudió aquel rey de Servia, que para preservarse de las maniobras rusas en el Montenegro tiene que acogerse á la sombra del imperio germánico; como vasallo indirecto estaba invitado aquel príncipe Hoenzollern de Rumania, una especie de virey en el Danubio, quien al ver su Transilvania unida á la corona de San Esteban, quiere luchar con el Austria, pero no puede, porque su gran soberano, el

canciller de hierro, le dice que necesita entrar en la gran alianza de la Europa central: y en esta fiesta de familia, ¿qué tenía que hacer un rey de España, y mucho menos si lleva en sus venas la sangre de los Borbones?

¡Ah, señores! Todo, y en este punto expreso la opinión de la Cámara, porque felizmente en esto nos hallamos unánimemente de acuerdo, y con especialidad el partido conservador; todo nos aconseja hoy, abstención, hasta el extremo de que si hubiéramos de hacer una guerra, deberíamos hacerla por abstenernos, todo nos aconseja la separación de los problemas de fuerza, la paz dentro y fuera. ¡Ah! nosotros somos enfermos, muy enfermos, y aun no hemos concluido ni las convalecencias ni las recaídas; nosotros necesitamos consagrarnos por completo á cuidar de nuestro Tesoro, de nuestra Administración, de nuestra Hacienda, de nuestros asuntos, sin meternos para nada en los asuntos exteriores.

¿Y os parece, señores, que es la mejor manera de no intervenir en nada, irse de correría por esos mundos germánicos en los momentos de unas maniobras militares? ¡Ah! en el siglo XV estaban escritas en los mares con las quillas de nuestras naves las fórmulas de nuestra política. Entonces, como Dios en los primeros días de la creación poblaba los cielos de astros para que narrasen sus glorias, en aquellos días primeros del renacimiento poblaban los mares, con las islas, los archipiélagos y los continentes que narraban el poder y la gloria de España premio maravilloso á su constancia en la guerra de siete siglos. A un mismo tiempo, en vida de una generación llegaban las naves que traían el hallazgo de las Indias orientales á Lisboa, y las naves que traían el hallazgo de las Indias occidentales á Barcelona; es decir, llegaban América, la tierra de lo porvenir, y África y Asia la tierra de lo pasado; y en esta gran epopeya, mientras esto acontecía, entre tanta ventura, el portugués Magallanes y el español Elcano, simbolizando la unidad de los dos pueblos peninsu-

lares que debían unirse en un solo pensamiento, en contraban en el hemisferio austral nuevas tierras, y dejaban escritas en los espacios con símbolos de estrellas nuevas constelaciones, semejantes á luminosas ideas, pareciendo que la raza ibera recibía de Dios virtud y fuerza para concluir y perfeccionar el poema de la creación.

Señores, el rey Católico, el primer político de nuestra patria, quizá el único político de toda nuestra patria, el rey Católico lo comprendió admirablemente y dijo: herencia de mi corona, Portugal; alianzas, conexiones, amistades, ¡ah! sí, con Inglaterra y con Alemania. Así es que tenía dos nietos, el nieto que debía salvarnos y el nieto que debía perdernos; el que debía salvarnos era el hijo del infante que iba á Portugal, y el que debía perdernos era el hijo de Doña Juana la Loca, que nos trajo los derechos al Milanésado, á Borgoña, á Flandes, á Bélgica, á Holanda, al Ducado de Austria, á Hungría, á Bohemia, pero con todo esto nos trajo las guerras continentales, y con ellas la decadencia, que derramó la sangre de nuestras venas y malgastó todos nuestros tesoros en gloriosísimos pero inútiles combates.

En vez de seguir la política de los descubrimientos, seguimos la política de las conquistas; en vez de la política que debía mirar al comercio, la política que miraba al engrandecimiento de los reyes; en vez de mirar á lo porvenir y al trabajo, miramos á lo pasado y á la guerra, y, señores, nos metimos en aquel horno, del cual salimos consumidos, y hubiera salido muerta como Polonia, otra nación que no fuese tan viril como la nación española.

Pues bien; ¿creeis que Dios cesa de favorecernos? ¿Creeis que no nos indica lo que tenemos que hacer? ¿Qué tenemos que ver con Europa? Mirad nuestra posición, vedla; las Baleares en el Mediterráneo; Ceuta y Tarifa en las columnas de Hércules; más allá Canarias, la primera de las escalas donde creyeron los antiguos ver la Atlántida de Platon; más lejos aquellas dos preciosas islas que han

guardado y guardarán eternamente el genio nacional en su seno, porque va á abrirse el istmo de Panamá, y nosotros debemos ser el centro de todas las grandes navegaciones intercontinentales; y luego, en pasando el futuro estrecho entre Oceanía y Asia, la invención de Magallanes y Elcano, Filipinas, factorías del comercio, centros del trabajo, faros de la libertad y del progreso.

Señores, la convicción de que no podíamos abandonar esta política de concentración dentro de nosotros mismos era tan grande, que instintivamente el imperio alemán se la atribuía al representante del Gobierno español, y por consiguiente, á todo el Gobierno español. El sentir universal en Alemania creía que nosotros no podíamos mezclarlos en las cuestiones europeas, y mucho menos que en las cuestiones europeas, en las cuestiones entre la República francesa y el imperio germánico. ¿Y qué resultaba de aquí? Resultaba una cosa muy singular: que mientras el viaje no satisfacía de ningún modo á aquellos en cuyo favor aparentemente se hacía, disgustaba de todas maneras á aquellos contra quienes aparentemente se realizaba. No sé si me he explicado bien; había necesidad de dar tantas explicaciones á Francia por el viaje á Alemania, que estas explicaciones, sin serenar á los franceses, disgustaban á sus implacables rivales; y ahora me parece haber dicho con exactitud la verdad de los hechos.

Y la prueba está señores, en la frialdad, en la indiferencia con que fué recibido nuestro monarca en Alemania. Comparad los regocijos con que habeis agasajado aquí al príncipe heredero de la corona, y decidme si no hay razón y motivo para quejarnos de tanta indiferencia. En primer lugar, ningún ministro alemán, fuera del ministro de la Guerra, que llegó más tarde, estuvo en la estación, de Homburgo á la llegada del rey. Al salir de la estación, el emperador iba solo y delante en una carroza con su edecán; y eso podía tolerarse á cualquier otro soberano, pero no á un soberano que se cree rey de los reyes y señor de

los señores, como todos los emperadores de Alemania. El rey de España iba en una segunda carroza con los príncipes herederos, siempre de menor categoría que un soberano reinante, y con el rey de Servia, quien, por lo reciente de su dignidad real, resulta siempre de menor categoría que los príncipes herederos. El emperador llevaba la *Jarretiere* en la comida de los reyes, pero no llevaba el Toisón. Y, señores, cosa más extraña para todos los que conocen las ceremonias regias y cortesanas, cosa más extraña. El Toisón es una de las órdenes más estimadas; al Toisón lo aprecian todos los potentados como la mejor joya que pueden llevar en su pecho. La recibimos, señores, en la nefasta canastilla de boda que nos trajo María de Borgoña cuando se casó la hija de Carlos el Temerario con el célebre emperador Maximiliano, padre de D. Felipe el Hermoso; la recibimos los españoles de Carlos V, cuando Carlos V arrojó de sí el imperio alemán, como cosa que le fatigaba, y entregó la corona de España á su hijo Felipe II, dividiéndose el Toisón las dos casas, la germánica y la española. Pero siempre ha alcanzado más estima entre todos los potentados del mundo el Toisón español que el austriaco, y si hubiera aquí expertos heraldistas no me dejarían mal. ¿Cómo pues no llevaba el Toisón el emperador de Alemania? No me lo sé explicar.

En aquella comida hubo un brindis, y en ese brindis se dirigieron palabras á los reyes y á los príncipes allí presentes, pero no con especialidad al rey de España. Este contestó, es verdad, pero dijo con muy buen acuerdo, señores con muy buen acuerdo, dijo que brindaba en nombre de la monarquía más antigua de Europa. Y yo que no tengo para qué guardar las consideraciones que el rey justamente guardaba, yo debo añadir que no solamente la más antigua, sino la más gloriosa y la mayor, porque sujetó tres ó cuatro siglos antes que otras naciones la gente del Norte á la cultura moderna; porque detuvo las irrupciones asiáticas y encendió la luz del saber oriental en

Europa, entregada por completo á las garras del feudalismo y de la guerra; porque creó aquellos municipios cuyos marinos y cuyos ciudadanos ensanchaban el planeta y rejuvenecían la naturaleza; porque defendió á Alemania, cuando Lutero lanzaba gritos de angustia, en las orillas del Danubio, salvando á Viena de la suerte de Constantinopla; porque al frente de la primera entre las razas, la gran raza latina, cuando sus almirantes se llamaban don Juan de Austria y el marqués de Santa Cruz, defendió la civilización universal; y no tenía para qué ser cortesana de ningún triunfo, pues como posee un sol sin ocaso, posee recuerdos múltiples de triunfos inolvidables, que no se extinguirán jamás en las páginas inmortales de la historia. (*Grandes aplausos.*)

Señores, yo soy republicano aunque en este discurso no lo parezca (*Risas*), y como quiero representar el sentimiento de la Cámara, y creo representarlo, sacrifico ciertas ideas, esperando que en cambio vosotros sacrificaréis ciertas prevenciones políticas, no personales, que teneis contra mí. Pero yo digo que, republicano y todo, yo doy mucha fuerza á la tradición; yo creo que el gran creador, después de Dios es el tiempo; yo, señores, os digo, yo quiero deciros, yo debo deciros que ministro de un rey español si yo pudiera serlo, que no seré nunca ministro de ningún rey, me hubiera parecido el viaje á Alemania como una especie de inmensa sombra y aunque hubiera ido allí á buscar grandes ventajas, quizás hubiera renunciado á ellas por no presentar la antigua nación española en la joven nación alemana. ¡Ah señores! Los últimos reyes que estuvieron en Alemania habían ido para recibir los homenajes de los electores de Francfort; habían ido para llamarse Césares en la catedral de Aquisgrán junto al sepulcro de Carlomagno; para presidir la Dieta de Augsburgo; para salvar de Solimán el Magnífico á Hungría, á Bohemia, á Alemania entera; para entregar como un joyel de sus tesoros el Ducado de Austria y la Corona de hierro á un segundón de

Castilla, como cosa que se tiene de sobra en el ajuar patrimonial; para todo eso habíamos ido, y no era justo, y no era lícito tratarnos, bajo pretexto de ninguna clase, como á los herederos más ó menos presuntos de las otras monarquías europeas, como á los soberanos, más ó menos mediatizados de la vasalla Sajonia, como á los príncipes más ó menos feudales de la ayer mismo bárbara y hoy apenas incipiente Servia. (*Muy bien.*)

Pero, señores, lo más terrible de todo lo sucedido fué la dichosa coronelia (así creo que se dice en castellano) honoraria de hulanos residentes en Strasburgo, concedida al rey de España D. Alfonso XII. Yo os pregunto: ¿supisteis, señores ministros, ó no supisteis que se le iba á conceder al rey aquella distinción altísima? ¿Lo supisteis ó no lo supisteis de antemano? Si lo supisteis, ¿por qué no lo evitásteis? Y si no lo supisteis, ¿por qué lo tolerásteis? Pues qué, un rey constitucional, que no puede dar ni una cinta ni una venera, ni una honra sin la sanción y el pláceme de sus ministros, ¿puede aceptar eso á espaldas de sus ministros y sin que sus ministros lo sepan, cuando es un honor internacional mezclado por nuestra desventura en guerras y en conquistas?

Señores, si os consultaron esto, ¿por qué no dijisteis que debíais remitirlo al Gobierno español? Y si no os lo consultaron, ¿por qué no recordásteis al Gobierno imperial de Alemania que os infería una ofensa olvidando que sois vosotros, y solo vosotros los ministros responsables, los que gobiernan en España? ¡Qué ocasión perdisteis para que en vez de haber aprendido vosotros allí, hubieran aprendido el sistema constitucional de vosotros, los reyes alemanes! ¡Qué gran ocasión perdisteis! Yo os envidio por haberla tenido, como os compadezco por no haberla aprovechado.

Pues bien, señores; yo no comprometo á nadie; yo soy la oposición, y soy la oposición radical, y soy la oposición republicana; yo no tengo condición ninguna para llegar al gobierno; por consecuencia, no tengo que dar satisfac-

ciones de ningún género. Se levantará el actual señor ministro de Estado ó el anterior á desmentirme, á decir que no he representado el sentimiento de la nación, ni de la Cámara, ni de nadie; pero yo que como republicano estoy acostumbrado á desafiar personalmente las iras de los poderes, acuso al primer magnate de Europa, sí, acuso al Emperador Guillermo de haber buscado en la frente de nuestros reyes un pretexto para ofender á otra nación, para ofender á Francia. (*Grandes protestas.—El Sr. Cánovas del Castillo: Eso no se puede tolerar.*)

El Sr. **Presidente:** Sr. Castelar, si el amor á la República deja en su pecho un hueco para el amor á la patria, considere que el rey de España era la representación más alta y sublime de su país en el extranjero. (*Grandes aplausos.*)

El Sr. **Castelar:** Por eso, porque era la representación más alta de la soberanía de mi país, protesto, protesto y protestaré mil veces contra que se quisiera ofender directa ni indirectamente la soberanía de mi nación, y hacerla cómplice de indirecto agravio á naciones gloriosas, nuestras aliadas y vecinas.

El Sr. **Presidente:** Señor diputado, ni siquiera se puede dudar de eso.

El Sr. **Castelar:** Yo pido, yo quiero que el señor presidente haga el favor de decirme por qué se ha incomodado.

Si mi acusación puede producir la más mínima dificultad, como las han producido otros hechos políticos, no tengo inconveniente en retirarla; la retiro, y declaro que se debió exigir una explicación de aquel suceso al canciller Bismark y á los ministros responsables del emperador de Alemania.

El Sr. **Presidente:** Está bien. Puede S. S. continuar.

El Sr. **Castelar:** Vamos á cuentas. Yo creo que no se ha entendido mi pensamiento; yo he dicho y repito que no se han debido buscar honores, los cuales tuvieran cierta complicación con los sucesos más ó menos graves del continente, para agasajar con ellos al rey de España. Yo digo y re-

pito que no ha sido un acto de prudencia, y tengo mucha razón; porque más de una vez, y si quereis os citaré los casos, los diputados de Inglaterra y Alemania no se han mordido la lengua para acusarnos. Por consiguiente, yo no me muerdo la lengua para acusar al imperio alemán y al gran canciller que no es rey constitucional, y por tanto aún podría yo hablar. Pero en fin, no hablo, no quiero promover lo mismo que estoy criticando, si bien yo no soy la nación. Cuantas veces los diputados ingleses han insultado á Portugal... (*Un señor diputado*: Han hecho mal.) Han hecho mal, sí; pero yo no he insultado al emperador de Alemania; yo he dicho que no debía haber dado esa honra al rey de España, y yo sostengo que fué una gran imprudencia, porque los emperadores de Alemania pueden ser también imprudentes.

Pero hay en esta discusión la misma dificultad que en las distinciones alemanas; hay una complicación; doblamos la hoja.

El Sr. Presidente: Está bien doblada, señor diputado.

El Sr. Castelar: Quedan en pie las protestas de S. S. Pero vamos á cuentas; no hablemos del emperador.

¿Hala advertido los señores diputados que en medio de sus grandezas, en medio de sus altas facultades intelectuales, porque nadie puede regateárselas á la patria de Goethe, y de Schiller, á la nación soberana que ha señalado los linderos de la razón pura, á la grande Alemania nadie puede regatearla los títulos que tiene, y yo no se los regateo; habeis advertido, digo, que en medio de esos grandes y extraordinarios medios de pensamiento y de propaganda, tiene la Alemania una cólera retrospectiva como ningún otro pueblo?

Señores, no hay nada semejante á los tesoros de venganza moral é intelectual que un alemán atesora. Por su paciencia en el estudio, por su atención á las causas primeras, por su naturaleza pensadora, por todas las altas cualidades que querais, se pone bajo una chimenea, á la

cual le condenan ocho meses de invierno, abre su infolio, y con un vaso de cerveza al lado está maldiciendo por los siglos de los siglos á todos los que le han encolerizado.

No hay un alemán, señores, sobre todo, si es protestante, que no sienta las cóleras de Lutero contra la proterva Babilonia, ni contra el Antecristo que se llama Papa; no hay alemán que no haya estado en el saco de Roma; y no hay alemán que no celebre mucho el pensamiento de haber buscado al único Borbón reinante, al único nieto de Luis XIV, para investirlo de una coronelia de un regimiento sito en Estrasburgo, porque el jefe de aquella familia en 1688 incorporó Estrasburgo á Francia, y esa cólera retrospectiva es la que se ha desahogado con la sanción dada por un Borbón y un príncipe de origen francés á la reconquista de lo que conquistó Luis XIV. Eso ha querido hacer Alemania, y eso vosotros debíais haberlo evitado.

Señores diputados, puesto que el rey de España fué á Francia, yo también podré ir á Francia, y vamos á Francia.

Señores, ¿por qué haber emprendido, por qué haber intentado los dos viajes sucesivos? ¿Qué razón había, porque ibais á Alemania, para ir á Francia? ¿Qué razón había, porque ibais á Francia, para ir á Alemania? Yo os hubiera criticado si hubierais aconsejado al rey el viaje á Francia: imaginad si os tendré que criticar habiéndole aconsejado el viaje á Alemania.

Ya, señores, que fué á Alemania, repito, y no me contestareis á esto, ¿por qué fué á Francia? ¿Pues no comprendíais que en el mero hecho de ir á Francia demostrabais que había algo oculto é intencionado en el viaje á Alemania? Yo no hubiera ido á Francia; yo hubiera dicho á los franceses: «si os molesta el viaje á Alemania, en buena hora sea.» ¿Puedo ser más claro?

Y sobre todo, ya que fuisteis á Alemania, ¿por qué volver por Francia? ¿Por qué no haber hecho al ir la visita?